

sofo sentado ante su mesa y tomándose la medida del cráneo con un hilo para que su sombrerero le enviase los gorros á la medida?

Puesto que describimos la morada de Juan Jacobo, debemos agregar que llevaba medias de pañete en invierno, por ser de mucho abrigo y que usaba en su casa pantuflas amarillas, procurando que no fuesen demasiado grandes. «Tengo el pie, dice, extremadamente pequeño.» Como se ve, tiene la coquetería de las extremidades. Por último, cuando sale, se pone botas de cordobán, sujetas con cordones de seda amarilla.

Su permanencia en Motiers (1762-1765) no dió lugar á grandes acontecimientos. Regañó, echó pestes, halló un excelente amigo en lord Keith, gobernador de Neuchâtel, trabajó en la edición completa de sus obras, respondió á la *Carta pastoral* de Monseñor de Beaumont, renunció por despecho sus derechos de ciudadano de Ginebra, refutó á Tronchin con sus *Cartas escritas desde la Montaña*, sostuvo numerosa correspondencia, dió leyes á Córcega, fué denunciado como brujo por el pastor de Montmolin, bajo la influencia de Ginebra, y arrojado á pedradas. Refugióse en la isla de San Pedro, después en Vienne, pensó en marcharse á Córcega, se detuvo en Estrasburgo y al fin se refugió en Inglaterra. Á su regreso de Wooton, le ocultó primeramente el marqués de Mirabeau en su hacienda de Fleury-de-Meudon, y después el príncipe de Conti en su castillo de Trye, cerca de Gisors. Tomó el falso nombre de Renoux y, saliendo de Trye, se dirigió á la intendencia del Delfinado, donde le protegió el mariscal conde de Clermont-Tonnerre. Pasó por Lyon, Grenoble y Chambery, donde fué á visitar el sepulcro de la Sra. de Warens; se refugió en Bourgoin, donde se casó con Teresa en la posada de la Fontana de Oro, salió de Bourgoin para ir á Monquin donde la Sra. de Cezarges le ofreció una granja; después abandonó á Monquin por Lyon, donde vivió algún tiempo en casa de la Sra. Boy de la Tour. Por último, se estableció en Paris, calle Platrière en el hotel del Espíritu Santo, desde donde fecha sus cartas, encabezándolas con el famoso cuarteto que nos revela ya su locura.

El delirio de la persecución le arrastra ya á toda clase de extravagancias. Confía sus penas al manuscrito de sus *Confesiones* (1765-1771), de los *Diálogos de Rousseau*, juez de Juan Jacobo y de los *Diez Sueños de un peseante solitario*. Vivió allí tristemente copiando música; el domingo llevaba á Teresa á paseo por los alrededores. Durante la semana recibía las visitas de su excelente amigo Bernardino de Saint Pierre que nos ha dejado el retrato de Rousseau en aquella triste vivienda, presentando al filósofo cubierto con una bata azul de indiana y con un gorro de algodón, «espumando el puchero» y cantando á dúo con el canario de la jaula. Pensó entrar en un asilo de ancianos y acabó por aceptar la hospitalidad que le ofrecían los Sres. de Girardin en su magnífica propiedad de Ermenonville. Allá llegó el 20 de mayo de 1778 y murió el

2 de julio á la edad de sesenta y seis años. Fué enterrado en una islita, llamada la Isla de los Álamos, en medio del lago del parque.

Depositáronle en una tumba provisional. El mausoleo que se admira aún en el parque romántico y melancólico poblado de tumbas, de columnas y de estatuas data de 1780. Fué dibujado por Robert y esculpido por J. P. Lesueur. H. Buffenoir lo ha descrito del modo siguiente:

Tiene la forma de un altar antiguo; la fachada que mira al mediodía se halla decorada por un bajo relieve que representa á una mujer sentada al pie de una palmera como símbolo de la fecundidad. Da de mamar á un recién nacido, tiene en la mano el *Emilio* abierto y contempla sonriendo los juegos de sus hijos mayores. Junto á ella deposita el agradecimiento en el altar de la Naturaleza flores y frutos. En un rincón se ve á un niño quemando las mantillas y otras trabas de la infancia, mientras que otros niños saltan jugando con un gorro, símbolo de la libertad. Las dos pilastras esculpidas á ambos lados del bajo relieve, representan la Música y la Elocuencia, con sus atributos. En el frontón se destaca una corona cívica, con la divisa de Rousseau:

VITAM IMPENDERE VERO

En la cara expuesta al Norte se lee esta inscripción:

AQUÍ DESCANSA

EL HOMBRE DE LA NATURALEZA

Y DE LA VERDAD

En las pilastras correspondientes se ven, á la derecha, la Verdad desnuda con una antorcha en la mano y, á la izquierda, la Naturaleza representada por una madre que da de mamar á unos pequeñuelos. En el frontón se ven dos palomas que expiran al pie de una urna, junto á unas antorchas caídas al suelo y humeantes aún. Adornan las dos caras laterales del sepulcro vasos lacrimatorios. El monumento se hallaba en otro tiempo rodeado de álamos de Italia, de donde vino el nombre dado á la isla. Su tronco recto y esbelto, refiere un visitante entusiasta, y su follaje tranquilo parecen fijar en aquel recinto la meditación y el recogimiento. Estos hermosos árboles han muerto.

Todos los soñadores de fines del siglo diez y ocho fueron á sentarse en frente de la isla á orillas del lago, en el *Banco de las Madres*, que contiene esta dedicatoria á Rousseau:

De la mère à l'enfant il rendit les tendresses,
De l'enfant à la mère il rendit les caresses!
De l'homme à sa naissance il fut le bienfaiteur
Et le rendit plus libre, afin qu'il fût meilleur!

La maternal ternura volvió al recién nacido,
Y de éste las caricias, á la madre volvió;
El bienhechor tornóse del hombre en los albores,
Haciéndole más libre por que fuese mejor.

María Antonieta visitó el sepulcro el catorce de junio de 1780. Admiraba á aquel escritor sin sospechar que sus ideas iban á ser la causa de su infortunio. La futura emperatriz Josefina, que también le tenía en gran estima, visitó la Isla de los Álamos y le dedicó una romanza.

La Convención, « hija de Rousseau », hizo trasladar sus restos al Panteón, donde se encuentran aún.

En 1900 una comisión de sabios hizo abrir el sepulcro donde descansa Rousseau. La cara está apergaminada y seca, pero puede reconocerse. El cráneo se halla intacto y este detalle destruye la leyenda del suicidio, así como también la de la dispersión de los restos en 1814.

Al revés de Voltaire, cuya doctrina no es sistemática y que demolió sin edificar, Juan Jacobo Rousseau tuvo un sistema basado en un principio único y neto: « Todo es bueno cuando sale de manos de la Naturaleza ». La Naturaleza ha hecho al hombre bueno y feliz, la civilización le deprava y le hace miserable. Voltaire decía en tono de broma que inspiraba ganas de andar en cuatro patas y que jamás se había empleado tanto ingenio en querer hacernos semejantes á las bestias. Esto era abusar de las palabras, y Juan Jacobo Rousseau se defendía diciendo: « ¿ Hay que destruir las sociedades, anonadar la propiedad y volver á vivir en los bosques en compañía de los osos? Esta es la consecuencia que sacan mis adversarios. No hay que confundir lo que es natural del estado salvaje y lo que es natural del estado civil... Es preciso impedir que el hombre social sea enteramente artificial. » No se propone destruir las ciencias, las artes, los teatros y las academias y sumir nuevamente al universo en la primitiva barbarie, porque él sabe muy bien, y así lo dice, que la naturaleza humana no vuelve nunca atrás y que es imposible retornar á los tiempos de inocencia y de igualdad una vez que nos hemos separado de ellos. Pero hay que contener el progreso de las sociedades en su marcha hacia la perfección, y la deterioración de la especie; hay que mejorar el estado social orientándolo en lo posible hacia el estado natural, sin arruinar las instituciones existentes. El *Discurso sobre las ciencias y las Artes*, el *Discurso sobre la desigualdad* y la *Carta sobre los espectáculos* ponen de manifiesto la bondad del hombre natural y la depravación del hombre social. El *Contrato Social*, la *Nueva Heloísa* y el *Emilio* ponen ante nuestros ojos un ideal de hombre social mejorado mediante su conformidad con el hombre natural, como ciudadano, como esposo y como individuo.

El *Discurso sobre las Letras y las Artes* es una requisitoria contra la civilización. La prosopopeya de Fabricio, invectiva declamatoria contra el lujo, es muy célebre. El *Discurso sobre la Desigualdad* hace constar que no hay desigualdad en el estado de la naturaleza, del que traza un cuadro

ideal, al que opone la hidra de la propiedad y de los ricos; allí se ve en germen el socialismo: « ¿ Ignoráis acaso que hay una multitud de hermanos vuestros que perecen ó sufren por la carencia de lo que á vosotros os sobra? » De aquí deduce el derecho de insurrección.

El motín, dice, que acaba por estrangular á un sultán, es un acto tan jurídico como aquellos mediante los cuales disponía él la víspera de su caída de la vida y bienes de sus súbditos.

De cualquier modo que se considere, es contrario á las leyes de la naturaleza que un niño mande á un anciano, que un imbécil dirija á un sabio y que un puñado de gente rebose en superfluidades, mientras que á la hambrienta multitud le falta lo necesario.

La Revolución debía formar su evangelio con estos ardorosos axiomas¹.

El teatro le parece, como á Bossuet, una escuela de perdición; la tragedia no engendra sino una piedad estéril; las comedias no valen nada, y á este propósito hace la apología de Alceste contra Molière.

No podéis negarme dos cosas, dice: la primera, que Alceste, en dicha pieza, es un hombre recto, sincero, estimable, un verdadero hombre de bien; y la otra que el autor le representa como personaje ridículo. Me parece que esto basta para hacer inexcusable á Molière.

De aquí deduce que el teatro es un peligro público.

Nuestro filósofo censura y destruye, pero sobre todo propone y reemplaza. Edifica el monumento de su *Contrato Social* que fué el Evangelio de la Revolución. « El hombre, que nació libre, se halla en todas partes esclavizado ». Con un calor y una pasión profunda que le hace elocuente, rechaza el orden social fundado ya en la fuerza, ya en la voluntad divina: « No está desmostrado que Dios quiera que se prefiera tal gobierno á tal otro, ni que se obedezca á Jacobo más bien que á Guillermo. Ahora bien, se trata de otra cosa. »

La sociedad es un pacto. Hay que hallar una forma de asociación que defienda y proteja con toda la fuerza de la comunidad la persona y los bienes de cada asociado y, mediante la cual, uniéndose cada uno con todos no obedezca sin embargo sino á sí mismo y siga siendo tan libre como antes. « Tal es el problema fundamental cuya solución da el *Contrato Social*.

Un pueblo es una asociación, el soberano debe ser su delegado; la

1. Si el filósofo ginebrino influyó hasta este punto en la política, no influyó menos en la literatura. « La influencia de Rousseau fué, dice Menéndez Pelayo, la más profunda dentro de la escuela romántica: Chateaubriand, Mad. de Staël, Sennancour y Jorge Sand se derivan directamente de él. » (*Hist. de las ideas est.*, t. V, p. 93).

obediencia á la ley debe ser voluntaria, y el gobierno debe constituir la salvaguardia de la voluntad general. De aquí nace naturalmente el sufragio universal, pues todas estas deducciones tienden al doble triunfo de la igualdad y de la libertad. La *Nueva Heloisa* es un himno á la pasión, según la naturaleza. Es el conflicto del amor y de los derechos de la familia que triunfan, porque es preciso que la pureza de las costumbres domésticas prepare la reforma de las costumbres públicas. Con toda la sensible ternura de Richardson, ha trazado en ardientes cartas el cuadro de aquella extraña reunión de tres personas, Julia, el Sr. de Volmar y Saint-Preux, en que la virtud triunfa del delito y del recuerdo. Esta novela, llena de fuego y de lágrimas, tuvo un éxito extraordinario y prolongado: enseñó á Chateaubriand la melancolía, á Lamartine la pasión, á Musset el pesimismo y á los románticos lo pintoresco. Es un libro que representa una gran fecha literaria.

Emilio ó *la Educación* hizo de la pedagogía quimérica, de la educación de un hijo de la naturaleza por la naturaleza misma, el método para formar ó hallar de nuevo al hombre natural desembarazado de preocupaciones modernas haciendo de él un salvaje que llegase á ciudadano después de educarse con toda libertad, sin mantillas que le aprisionasen al nacer, sin más nodriza que su madre, la única indicada por la naturaleza, dado á los ejercicios físicos, orientado hacia los oficios manuales y hacia el respecto de la razón, desembarazado de la canalla de criados, que son los últimos de los hombres después de sus amos, instruidos por las lecciones de cosas y por la experiencia, puesto al abrigo de las inmorales fábulas de la Fontaine y de los libros en general, de los manuales y de las teorías, aprendiendo la geometría en las líneas de los barquillos², la física con un palo de silla, no creyendo á nadie bajo su palabra, descubriendo la cosmografía al contemplar la salida del sol; colocado al abrigo de la miseria y de las vicisitudes de la suerte gracias á su habilidad manual y á los oficios que conoce; dirigido, sin que él se dé cuenta de ello, por su hábil mentor que se vale de sus pasiones mismas; consagrado á la única religión natural del Vicario Saboyano, al respeto de la conciencia moral, y casado con una muchacha de su especie, como Sofía. Jamás había sido educada la mujer tan frívolamente como en el siglo diez y ocho. Montesquieu reconoce en las mujeres « atractivos » á los que deben un ascendiente que acaba con ellos. En cuanto á dignidad, personalidad, valor individual y elevación moral, no hay que hablar de ello. Rousseau no contribuyó

1 La primera edición española del *Emilio* se hizo en 1769, muy pocos años después de su publicación. Esto demuestra: 1.º que los españoles de entonces no andaban tan atrasados como se asegura por muchos y 2.º que el espíritu revolucionario se hallaba muy desarrollado entre las clases directoras de la sociedad española. (N. del T.)

2 Se refiere á las rayas que señalan en la pasta de los barquillos los moldes con que se fabrican. (N. del T.)

á mejorar semejante opinión. Subordinó el destino de la mujer al del hombre; no le asignó más papel que el de agradar al hombre poniendo en juego su coquetería. « Toda la educación de las mujeres, dice, debe ser relativa á los hombres, agradarles, etc. » Esto equivale á negar á la mujer su individualidad y su destino propios. Hace de ella una vid que embriaga y que necesita un apoyo. Sofía fué creada exclusivamente para que Emilio fuese feliz.

Rousseau es de los que más netamente han denunciado y al mismo tiempo favorecido la frivolidad femenina. Si contempla á una niña, llámale la atención el verla jugar con la muñeca, vestirla, adornarla, hasta el punto de olvidar la hora de la comida; « tiene más hambre de adornos que de alimentos ». La ve entregada por completo á la coquetería, mientras llega la edad de ser muñeca á su vez, y no la censura por ello. Según su parecer, una joven debe ser alegre y locuela, cantar y bailar; es lo mejor que puede hacer siendo incapaz de sostener un raciocinio, de tener voluntad lógica y de usar de su libertad. Para nada le sirve el saber leer; basta con que sepa contar. Las ciencias y la literatura exceden demasiado el límite de su comprensión. En resumen, nuestro filósofo se satisface con que sea hábil mujer de su casa y compañera agradable; le niega todo valor intelectual y limita sus funciones al orden material de la educación práctica y de una honrada coquetería; la encierra en la cocina, de donde no sale sino para ir á bailar.

Aun así; vaya una mujer de su casa, propia de una comedia bufa! Su padre asegura que antes dejaría achicharrarse la comida que mancharse el vestido y que no va al jardín porque la tierra ensucia.

El libro tuvo un éxito muy grande, como ya hemos dicho, pero éste no persistió. Educaban á la juventud á lo Juan Jacobo. Nada de maestros ni de lecciones. Los niños se veían entregados desde sus primeros años á la naturaleza, y, como ésta no enseña ni la ortografía ni mucho menos el latín, se vió aparecer de pronto en la sociedad una generación de jóvenes á cual más ignorante¹.

Este sistema no prevaleció; no se hallaron ideas prácticas en esta obra demasiado lírica, demasiado romántica y demasiado sentimental para constituir un tratado de pedagogía que ni siquiera tiene el mérito de la originalidad, sin contar el defecto práctico que Madama de Stael hizo notar con gran ingenio. Con arreglo á este plan, cada hombre se vería obligado á consagrar su vida entera á la educación de otro y sólo los abuelos se verían libres para seguir su inclinación personal.

Sus *Confesiones* son lo que él quiso que fuesen, una obra única por

1: También puso de moda la afición al trabajo manual. Todo niño noble ó burgués debía aprender como *Emilio* un oficio manual. Gracias á este inesperado recurso muchos emigrados pudieron ganarse la vida durante la Revolución. (N. del T.)

su veracidad sin ejemplo. Su lectura es interesante y si no la más filosófica, á lo menos es la más duradera de sus obras y la que más se lee aún por sus páginas cínicas ó encantadoras, brutales ó idílicas, orgullosas ó tiernas.

Tuvo muchos enemigos. Los enciclopedistas le declararon la guerra por su carta á d'Alembert, por su aversión á los ateos, por su ruidosa disputa con Voltaire á propósito del teatro de Ginebra y de haber negado la acción de la Providencia en el poema del *Desastre de Lisboa*.

¿Es un escritor amable? Legouvé ha trazado acerca de él esta delicada página de psicología:

Se ha dicho: las mujeres de Rousseau; pero jamás se ha dicho: las mujeres de Voltaire. Comprendo perfectamente la razón de su influencia sobre ellas. ¿Qué es Juan Jacobo Rousseau? Una máquina eléctrica. De su pluma no brota nada apaciblemente, sino en forma de chispas. Ideas, sistemas, sentimientos, teorías filosóficas, políticas y religiosas, saltan en sus libros como agudas centellas que hacen estremecerse de pies á cabeza á esos seres tan impresionables como nerviosos. Pero lo más curioso es que la acción que ejercen sobre lo que escribe escasi nula; ocupan muy gran espacio, pero tienen muy pequeña parte. El alma femenina se halla ausente de su obra. Me explicaré: nadie ha hablado más de la familia que Juan Jacobo Rousseau, y sin embargo él no conoció los afectos más sanos y más santos de la familia. Nadie ha hablado más de las mujeres que Rousseau y sin embargo no conoció á las mujeres en lo mejor que tienen ni las contempló nunca en sus más hermosos papeles.

No fué educado por una madre ni por una hermana, ni tampoco tuvo una hija.

La mujer á quien llamaba esposa era una criatura inferior que no correspondía por ningún concepto á este título sagrado.

¿Qué vacío representa en la existencia, en el corazón, en la inteligencia y en la conciencia la falta de estos cuatro seres!

Á pesar de su genio y de sus servicios, Juan Jacobo Rousseau no inspira cariño. No se apodera de los corazones, como dice Bossuet; ¿Por qué? Sólo intervinieron en sus amores la cabeza y los sentidos. Merced á una extraña fatalidad, este hombre desdichado no logró conocer el cariño puro de una joven, como tampoco el santo afecto de una madre ni de una hermana. Hasta sus pasiones tuvieron siempre, por la fuerza de las circunstancias, algo de artificial y de impuro. ¿Puede darse nada más heteróclito que su existencia en casa de la Sra. de Houdetot? Por su parte, no había más que una increíble amalgama de sensualidad y de retórica. Le escribe á sabiendas cartas ardientes de las cuales se sirve después para su *Nueva Heloisa*. La literatura tiene tanta parte en su amor que no puede haber amor verdadero en su literatura como tampoco, por desgracia, en su corazón. Esto explica por completo el misterio. Rousseau no inspira cariño porque él no lo sintió nunca.

El sensualismo mató en él el sentimiento; pero vibró mucho más y causó tales estremecimientos que aun no se han calmado.

La influencia de Juan Jacobo Rousseau ha sido considerable y el eco de su voz persiste á través de la tumba y de los años. La Revolución tomó de él sus formas que grabó en la Tabla de los Derechos del Hombre. La Pedagogía moderna le debe innovaciones prácticas y el *Emilio* ha contribuido tal vez al despertar del espíritu científico positivo y típico que caracteriza al siglo diez y nueve. Ha fundado el culto de la conciencia y afirmado la fe en la Providencia. Todo lo ha inflamado, ha divinizado los sentimientos, decuplicado las sensaciones, galvanizado la elocuencia, encendido la antorcha del nihilismo, favorecido la intrusión violenta de la personalidad en las cartas, descubierto el sentimiento de lo pintoresco, de las montañas y de los paisajes, presagiado y casi preparado el romanticismo, entusiasmado y formado á Goethe y á Schiller, á Kant, á Fichte, á Herder y á Pestalozzi y catequizado largo tiempo después de su muerte á las generaciones. De todos los escritores franceses fué el que puso en la literatura más sinceridad, más fe ardiente y menos diletantismo. Su pluma hizo conmoverse al mundo, su tinta tuvo la virtud de la sangre de los apóstoles y sus palabras fueron actos!

La grande obra del siglo en que condensó sus aspiraciones, sus recuerdos, sus cóleras, lo más íntimo de sí mismo, fué la *Enciclopedia*, y, la personificación de ésta, Diderot.

Pero antes de hablar de él, debo presentar al lector á dos pensadores, que le precedieron y que fueron los precursores de este gran movimiento de ideas, Fontenelle y Montesquieu.

¡Fontenelle! lindo nombre y lindo autor, muy injustamente olvidado en todos los programas de la juventud. Á lo menos hagamos que ocupe un pequeño espacio en la memoria de los adultos.

Era de Ruán (1657-1737). Su madre era hermana del gran Corneille. El sobrino no desmereció del tío. Hizo estudios brillantes, admiró á sus maestros, se hizo abogado y se consagró á las letras.

En general se sabe de él que vivió cien años, que escribió la *Pluralidad de los mundos*² y que tenía mucho ingenio, lo cual es bastante.

En un principio compuso versos ligeros, óperas y una mala tragedia,

1. En 1907 dió una serie de conferencias muy notables sobre Rousseau el notable escritor, poeta, dramaturgo, crítico y académico, Sr. Julio Lemaitre.

Respecto de las obras de Rousseau traducidas en castellano puede decirse lo que queda dicho de las de Voltaire. Su bibliografía exigiría varios volúmenes. Todavía se hacen ediciones del *Emilio*, de las *Confesiones* y hasta de la *Nueva Heloisa*. En general son menos que medianas.

(N. del T.)

2. Esta obra es la que ha dado más notoriedad entre españoles é hispano americanos al nombre de Fontenelle. Se han hecho numerosas ediciones.

(N. del T.)

Aspar, que sería hoy completamente ignorada á no ser por el epigrama de Racine.

Ces jours passés, chez un vieil histrion,
Un chroniqueur émut la question
Quand dans Paris, commença la méthode
De ces sifflets qui sont tant à la mode.
« Ce fut, dit l'un, aux pièces de Boyer. »
Gens pour Pradon voulurent parler.
« — Moi, dit l'acteur, je sais toute l'histoire
Que par degrés je vais vous débrouiller.
Boyer apprit au parterre à bâiller;
Quant à Pradon, si j'ai bonne mémoire,
Pommes sur lui volèrent largement;
Mais quand sifflets prirent commencement.
C'est (j'y jouais, j'en suis témoin fidèle),
C'est à l'*Aspar* du sieur de Fontenelle¹. »

Fontenelle, molestado por la broma, figuró entre los enemigos de Racine y de Boileau, es decir de los antiguos. Como buen sobrino, se declaró por Corneille y los modernos en las famosas disputas.

Á su llegada á París vivió en casa de su tío, donde vivía también su otro tío Tomás Corneille. Allí, en medio de las charlas familiares fué documentándose para escribir su obra, muy estimada aún hoy día: *La Vida de Corneille*. Empezó por imitar á su paisano Segrais, en la égloga, en la que se figuró que ponía todo el sentimiento que le faltaba en la vida.

Idílico por razón y por convicción, limpió y barnizó la naturaleza en diez églogas y en su *Endimión*.

En sus *Diálogos de los Muertos* (1683) á imitación de Fenelón, todos

1. En casa de un viejo actor
Disputaban cierto día
Acerca de quien sería
De las silbas inventor.
Dijo uno: con Boyer¹
Entró el silbato en escena.
Y otro afirmó á boca llena,
Que con Pradon debió ser.
Entonces dijo el actor,
Al cabo estoy de esa historia,
La conservo en mi memoria,
La contaré al pormenor.
Boyer¹ enseñó á bostezar
Y Pradon, si no me engaño,
Las palatas en su daño,
Hizo ligeras volar.
Mas la moda de silbar,
(De ello soy testigo fiel)
Empezó con Fontenelle²,
En el estreno de *Aspar*.

1. Se pronuncia *Buái*.

2. Se pronuncia *Fontenel*.

sus muertos tienen uniformemente demasiado ingenio; son sombras proyectadas por Fontenelle.

La *Historia de los Oráculos*, según Van Dalel, médico anabaptista de Harlem, es una sabia refutación de las preocupaciones y supersticiones, y le atrajo la cólera de los devotos, lo mismo que su *Relación de Borneo*¹.

El título más duradero de su gloria es su *Historia de la Academia de Ciencias*, que fué escribiendo mientras desempeñaba el cargo de secretario perpetuo (1699-1737), publicando un volumen cada año; recogió en ella los elogios de los académicos difuntos. Son páginas de primer orden.

Los elogios de Vauban, de Leibnitz, del zar Pedro I, de Newton y de Cassini deberian ser páginas clásicas. En los otros, que se refieren á nombres menos conocidos, se hallan retratados el papel de los mismos sabios, su grandeza, su desinterés y su rectitud, con un calor que causa admiración en aquel falso escéptico. Valía más que su reputación.

Fué elegido miembro de la Academia francesa en 1681 á los treinta y cuatro años, y de la de Inscripciones y Bellas Letras en 1701. Se habla aún de su obra *la Pluralidad de los Mundos*, aunque ya nadie la lee.

Vulgarizador amable, puso la astronomía al alcance de todo el mundo; abrió la puerta de los salones á Urania y sembró de estrellas las tertulias. El libro nos deja una visión encantadora; durante la noche, en el parque, mientras los astros centellean en el cielo sombrío, paséanse por las alamedas ó por las gradas de piedra de la escalinata, graciosas siluetas de damas con trajes claros y de caballeros con casaca bordada. Es la elegante clase de Fontenelle que hace su clase de astronomía al aire libre. Después de la cena, la marquesa, joven y bella, se ha sentado en el parque con Fontenelle á su lado. Contempla los astros y pregunta, pues desea obtener algunas aclaraciones acerca del gran misterio del infinito. Fontenelle pretende excusarse:

— No, no ha de decirse que en un bosque, y á las diez de la noche, he estado hablando de filosofía á la persona más amable que conozco.

Sin embargo, accede al fin y se suceden en sus labios los sistemas y las hipótesis con encanto, elegancia, desembarazo é ingenio. Hace sonreír á la razón y cubre los huesudos hombros de la filosofía con el gracioso manto de la imaginación.

No ha hecho descubrimientos científicos, pero ha descubierto el estilo que debe difundirlos. Es el primero que ha vulgarizado las ciencias. Ha escrito no sólo para los eruditos, sino también para los ignorantes: « que son, mis verdaderas marquesas ». Los sabios de todas las épocas le han demostrado gran agradecimiento y respeto que consagran

1. Esta obra era bastante conocida en España como lo prueba el siguiente pasaje de *Los Eruditos á la violeta*. « Volved sobre los paganos y derribad al suelo sus oráculos con las obras de Fontenelle y Feijoo. (CADALSO.) » (N. del T.)

su autoridad y hacen honor á sus conocimientos y al vigor de su pensamiento. Flourens ha dicho : « Le ha ocurrido lo mismo que á Buffon. El escritor ha hecho olvidar al sabio y al filósofo ».

En boca de un hombre semejante no puede darse nada más lisonjero. La obra de Fontenelle no es solamente linda ; tuvo además gran alcance.

El espíritu filosófico, hoy día tan difundido, debe sus principales progresos á Fontenelle, decía Grimm. Esto es muy cierto, pues no sólo vulgarizó la ciencia, sino también el espíritu de crítica y de razonamiento. Esto lo hizo sin pesadez, de un modo amable y como hombre de buena sociedad que pone la delicadeza muy por encima de la pasión.

Huía de los extremos. Teócrita le choca por la crudeza brutal de sus pinturas, el realismo le causa horror y náuseas, el vigor le espanta ; es un hombre de matices y semitonos. Esquilo le desconcierta por su excesiva brillantez. No le comprende y le llama un loco que tiene destellos de genio, semejante á un borracho que tiene destellos de razón. Detesta las sacudidas, los grandes gestos, las pasiones violentas, las borrascas del sentimiento. Es un hombre tranquilo, discreto, un egoísta amigo de la paz, de la tranquilidad, Voltaire le ha calificado muy bien :

Le Normand Fontenelle, amoureux de repos¹.

Su reputación de hombre de ingenio es de buena ley y subsiste aún. Era hombre muy ocurrente y de ingenio chispeante y delicado.

Después de su recepción en la Academia, decía :

No hay en el mundo más que treinta y nueve personas que tengan más ingenio.

Él fué quien compuso estos dos versos acerca de la Academia :

Sommes-nous trente-neuf, on est à nos genoux,
Et sommes-nous quarante, on se moque de nous².

Sus ocurrencias no han perdido nada de su favor.

Como cierto eclesiástico le hablase de religión y le preguntase : « ¿ No ha hecho Dios al hombre á su imagen ? » respondió Fontenelle :

— No lo sé, pero en todo caso el hombre le ha pagado en la misma moneda.

Habiéndose encontrado con un conocido suyo que acababa de casarse, le preguntó si era bonita su mujer.

— Es muy amable, le respondió el amigo, tiene ingenio y es ilustrada.

1. Fontenelle es normando, amigo del reposo.

2. Si somos treinta y nueve, de rodillas nos ruegan,
Si cuarenta, á la burla sin piedad nos entregan.

— No es eso lo que os pregunto, replicó Fontenelle ; ¿ es bonita ? Una mujer no está obligada á más.

En otra ocasión decía :

Hay tres cosas que me han gustado siempre mucho y de las que nunca he llegado á comprender nada : la música, la pintura y las mujeres.

La Bruyère ha trazado su retrato bajo los rasgos de Cidias :

Ascanio es estatuario ; Egión, fundidor ; Esquiles, batanero, y Cidias, hombre de ingenio ; tal es su profesión. Tiene muestra y taller, le encargan obras y tiene obreros que trabajan á su órdenes : sería incapaz de entregaros, antes de un mes, las estancias que os ha prometido á no ser que falte á la palabra dada á Dositeo á quien tiene prometida una elegía ; tiene en el telar un idilio destinado á Crantor, que le pide prisa y que le hace esperar una valiosa recompensa. Tiene á vuestra disposición prosa, versos, todo lo que le pidáis. Es igualmente experto en ambas cosas. Pedidle cartas de pésame ó acerca de una ausencia y se encargará de ellas. Podéis tenerlas ya hechas, no hay más que entrar en su almacén y escoger. Tiene un amigo cuya única misión en la tierra es anunciarle con mucha anticipación á ciertas personas y presentarle al fin á ellas como hombre raro y de exquisita conversación. Una vez presentado, Cidias, después de toser, arreglarse los puños¹, extiende el brazo, abre los dedos y suelta la retahila de sus pensamientos quintaesenciados y de sus falsos razonamientos, no de otra suerte que el músico canta y el tocador de laúd pulsa las cuerdas de su instrumento en presencia de las personas á quienes ha sido presentado. Á diferencia de aquellos que estando de acuerdo acerca de los principios y conociendo la razón y la verdad, que es una sola, se quitan uno á otro la palabra para ponerse de acuerdo respecto á sus sentimientos, él solo abre la boca para contradecir : « Parece, dice gravemente, que es todo lo contrario de lo que decís », ó « Estoy lejos de participar de vuestra opinión » ó bien : « En otro tiempo me obstinaba yo en el mismo error en que estáis, pero... Hay que considerar, añade, tres cosas ».

Y agrega una cuarta... Es un enfadoso personaje que, apenas ha puesto los pies en una reunión, anda buscando alguna señora en cuyo ánimo pueda insinuarse.

Este retrato forma juego con el epigrama de Juan Bautista Rousseau :

Depuis trente ans un vieux berger normand
Aux beaux esprits s'est donné pour modèle ;
Il leur enseigne à traiter galamment
Les grands sujets en style de ruelle.
Ce n'est pas tout : chez l'espèce femelle
Il brille encor, malgré son poil grison ;

1. Hace algunos años tuvimos ocasión de conocer en una tertulia de Madrid á un poeta de este mismo corte que iba siempre acompañado de su Baptista. (N. del T.)